

¡TAMBIÉN YO EN LA CHAMPAÑA!

23 de agosto de 1792

Nada más llegar a Maguncia visité al viejo señor von Stein, chambelán y superintendente del reino de Prusia, donde desempeñaba una especie de cargo de residente y destacaba poderosamente por su odio hacia todo lo revolucionario¹. En unas pocas pinceladas me expuso los avances obtenidos hasta la fecha por los ejércitos aliados y me proveyó de un compendio del atlas topográfico de Alemania, preparado por Jäger en Fráncfort bajo el título *Teatro de la guerra*².

A mediodía, en su mesa, me encontré con varias damas francesas a quienes tuve la oportunidad de observar con atención. Una de ellas, que pasaba por ser la amante del duque de Orleans, era una mujer imponente, de porte orgulloso y ya de algunos años, con ojos, cejas y cabellos negros como el azabache; por lo demás, afable y amena en la conversación. La hija, vivo retrato juvenil de la madre, no dijo palabra alguna. Tanto más animada y encantadora se mostró la princesa de Mónaco, amiga íntima del príncipe de Condé, orgullo de Chantilly en sus buenos días. Pocas cosas había más agradables que contemplar a esta delgada rubia, joven, alegre y divertida: ningún hombre al que ella dirigiera su mirada se habría podido resistir. Yo la estuve observando con ánimo libre y me asombré al constatar que Filina³, allí donde no

¹ Johann Friedrich Freiherr von und zum Stein (1749-1799), hermano mayor del conocido y futuro ministro de Estado prusiano, ejercía de ministro plenipotenciario en la corte del príncipe elector de Maguncia, como residente en el sentido de un representante de otros príncipes soberanos, en este caso del rey prusiano Federico Guillermo II.

² Se trata del *Grand Atlas d'Allemagne en LXXXI feuilles* (Fráncfort d.M., J.G.A. Jäger, 1789), editado por Johann Wilhelm Abraham Jäger (1718-1790), en el reverso de cuyos mapas Goethe fue escribiendo las pocas notas e impresiones directas que se conservan de la campaña francesa.

³ Filina es un personaje femenino de *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister*, novela publicada por Goethe en 1795/96.

pensaba encontrarla, se me aparecía de nuevo impulsando su carácter con frescura y alegría. No parecía tan inquieta y alterada como el resto del grupo, que sin duda vivía inmerso en esperanzas, inquietudes y congojas. Por aquellos días, los aliados habían penetrado en Francia. ¿Se rendiría de inmediato la ciudad de Longwy o acaso opondría resistencia? ¿Se juntarían también las tropas francesas republicanas con los aliados y, tal como se había prometido, todos se declararían partidarios de la causa justa y facilitarían el avance? Todo eso pendía de un hilo precisamente en aquel momento. Se esperaban correos; los últimos tan solo habían anunciado los lentos progresos del ejército y los obstáculos que presentaban los intransitables caminos. El apremiante deseo de estas personas se hacía tanto más angustioso cuanto que no podían ocultar que deseaban regresar a su patria a la mayor brevedad posible, a fin de sacarle un provecho a los asignados —ese invento de sus enemigos— y poder vivir con mayor desahogo y comodidad⁴.

Después pasé dos alegres veladas en compañía de Sömmering, Huber, Forster y otros amigos⁵; aquí volví a respirar el aire de mi tierra

⁴ En noviembre de 1789, y a iniciativa del flamante diputado Charles Maurice de Talleyrand (1754-1838), la Asamblea Nacional Constituyente puso todos los bienes de la Iglesia a disposición de la nación y, a partir de 1790, empezó a emitir su propio papel moneda en forma de bonos, los llamados «asignados», a fin de liquidar las deudas públicas de la nación y aportar liquidez al país mediante títulos de deuda emitidos a cuenta de la nacionalización de dichos bienes. Aunque tal expropiación también terminó afectando a los bienes de aristócratas emigrados a partir de marzo de 1792, lo cierto es que la enorme especulación en un escenario de hiperinflación aceleró tanto su depreciación como la posibilidad de un rápido enriquecimiento, no menos que el surgimiento de falsos asignados.

⁵ Samuel Thomas Sömmering (1755-1830) era un destacado médico anatomista y profesor en la Universidad de Maguncia, que Goethe conocía desde 1783 y con quien mantenía una correspondencia sobre múltiples temas científicos. Ludwig Ferdinand Huber (1764-1804), a su vez, era un escritor que trabajaba como consejero de legación en Maguncia para el electorado de Sajonia. Por último, Johann Georg Forster (1754-1794) era un naturalista, etnólogo y escritor de viajes conocido por su participación en la segunda expedición alrededor del mundo de James Cook. Forster, a quien Goethe había conocido en 1779, trabajaba desde 1788 como bibliotecario en la Universidad de Maguncia y, como ferviente jacobino, participará activamente en la inminente proclamación de la República de Maguncia.

natal. La mayoría eran ya viejos conocidos y compañeros de estudios que se encontraban como en su casa en la vecina Fráncfort (la esposa de Sömmering era francfortesa). Todos ellos conocían a mi madre, cuya genial idiosincrasia sabían apreciar, repitiendo algunas de sus ingeniosas frases y proclamando en más de una ocasión mi gran parecido a ella debido a la conducta alegre y la conversación animada. ¡Cuántos momentos y recuerdos hubo allí, en un ambiente de confianza natural, espontánea y familiar! La libertad de una broma amistosa en el ámbito de la ciencia y el saber nos puso del mejor de los humores. No se habló de política, y sentimos que había que guardarse mutuamente de hacerlo; pues mientras ellos no negaban del todo sus convicciones republicanas, resultaba obvio que yo me apresuraba a marchar con un ejército que debía poner un punto y final justamente a esas ideas y a su repercusión.

Entre Maguncia y Bingen fui testigo de una escena que al momento me hizo patente el espíritu de los tiempos. Nuestro carruaje ligero había alcanzado rápidamente a un coche de cuatro caballos muy cargado. El deteriorado camino excavado obligó a apearnos durante la ascensión a la montaña, de modo que preguntamos a los postillones, que también se habían apeado, quiénes iban delante de nosotros. Entre improperios y maldiciones, el cochero de aquel carruaje respondió que se trataba de unas francesas que creían poder viajar con su papel moneda, pero que él sin duda quería despachar tan pronto se le presentara la más mínima ocasión. Le reprochamos sus sentimientos de odio, sin que ello tuviera el menor efecto en él. Como avanzábamos con mucha lentitud, me adelanté hasta la ventanilla de la dama y le dirigí unas amables palabras, tras lo cual su joven y bello semblante, aunque ensombrecido por signos de miedo, se serenó hasta cierto punto.

Ella pronto me confió que seguía a su esposo en dirección a Tréveris y que, una vez allí, deseaba llegar a Francia lo más pronto posible. Al describirle esta medida como muy precipitada, reconoció que, además de la esperanza de reencontrarse con su esposo, le movía la necesidad de vivir otra vez a expensas del papel moneda. Por otro lado, mostraba tal confianza en las fuerzas aliadas de prusianos, austríacos y emigrados que, de no ser porque el momento y el lugar representaban un obstáculo, difícilmente se habría refrenado.

Durante esta conversación sucedió un singular percance. Por encima del camino excavado donde estábamos atascados, habían tendido un canalón de madera que transportaba el agua necesaria de la rueda de un molino situado en el otro lado. Cualquiera pensaría que la altura del armazón había sido calculada al menos para un carro de heno. Sea como fuere, el carruaje iba cargado hasta arriba de un modo tan desmesurado, formando una pirámide de cofres y maletas apiladas entre sí, que el canalón oponía un obstáculo insalvable para proseguir el trayecto.

Solo entonces, al verse detenidos durante tanto tiempo, empezaron de veras los improperios y las injurias por parte de los postillones. Nosotros, sin embargo, nos ofrecimos amablemente a descargar el carruaje y volver a cargarlo al otro lado de la empapada barrera. La joven y buena señora, liberada poco a poco de su temor, no sabía por dónde empezar a darnos las gracias, pero al mismo tiempo su confianza en nosotros aumentó cada vez más. Anotó el nombre de su marido y nos rogó encarecidamente —puesto que llegaríamos a Tréveris antes que ella— que en la entrada de la ciudad le dejásemos por escrito la dirección de su esposo. En vista del tamaño de la ciudad, y aún con nuestras mejores intenciones, dudamos del éxito, aunque ella no cejó en su esperanza.

Una vez llegados a Tréveris encontramos la ciudad abarrotada de tropas y toda clase de vehículos, sin posibilidad alguna de hospedaje. Los coches se detenían en las plazas, la gente deambulaba por las calles y el comité de alojamiento, acosado por todos los frentes, apenas sabía qué recomendar. Sin embargo, semejante desorden es como una especie de lotería: el afortunado obtiene alguna ganancia y, así, me tropecé con el teniente von Fritsch, del regimiento del duque⁶, quien después de un amabilísimo saludo me llevó donde un canónigo, en cuya gran casa con amplias dependencias yo y mi compendioso equipaje fuimos acogidos con gentileza y comodidad, encontrando enseguida el des-

⁶ El regimiento de caballería al que pertenecía el teniente Ludwig Heinrich Gottlieb von Fritsch (1772-1808) es el 6º regimiento de coraceros del ejército prusiano, más conocidos como *Ascherslebener Kürassiere*, quienes desde otoño de 1787 estaban bajo el mando del duque de Weimar, recientemente promocionado a teniente general.

canso suficiente. Aquel joven amigo militar, a quien conocía y apreciaba desde que era niño, había recibido la orden de permanecer en Tréveris con un pequeño destacamento para ocuparse de los enfermos que se dejaban atrás, reintegrar a los merodeadores rezagados, los convoyes atrasados, etcétera, y hacerles avanzar. De este modo también a mí me benefició su presencia, aunque a él no le entusiasmara permanecer en la retaguardia del ejército, donde para un hombre como él, joven y ambicioso, cabía esperar poca fortuna.

Mi criado⁷, no bien hubo desempaquetado lo más imprescindible, me pidió permiso para darse una vuelta por la ciudad. Regresó tarde y, a la mañana siguiente, una agitación idéntica le empujó fuera de casa. Esta extraña conducta me parecía inexplicable, hasta que se resolvió el misterio: las bellas francesas no le habían dejado indiferente. Les había seguido el rastro con esmero y, gracias a las elevadas pirámides de equipajes, tuvo la suerte de descubrirlas en la gran plaza detenidas entre cientos de carruajes, todavía sin haber localizado a sus esposos.

En el trayecto de Tréveris a Luxemburgo disfruté pronto del monumento en las inmediaciones de Igel⁸. Como conocía lo bien que los antiguos supieron emplazar sus edificios y monumentos, mi mente omitió enseguida todas las cabañas de la aldea y de este modo la columna se

⁷Se trata de Johann Georg Paul Goetze (1759-1835), criado de Goethe entre 1777 y 1794, que le acompañó en todos sus principales viajes. Sus cartas y sobre todo su libro de cuentas son una importante fuente para la reconstrucción del itinerario de Goethe, tal como indicó ya Gustav Roethe (*Goethes Campagne in Frankreich 1792. Eine philologische Untersuchung aus dem Weltkrieg*, Berlín, Weidmansche Buchhandlung, 1919, pp. 365-375).

⁸La columna de Igel (*Igeler Säule*) es un importante monumento funerario romano del siglo III que todavía hoy puede contemplarse en el pequeño municipio de Igel, muy próximo a Tréveris. Se trata de un obelisco de 23 metros de altura, hecho de arenisca roja y ricamente decorado con bajorrelieves, construido por encargo de dos hermanos de la familia de los Secundinos. Para informarse acerca de este monumento, que volverá a ser descrito en la entrada del 22 de octubre, Goethe recurrió a Carl Friedrich Quednow, *Beschreibung der Altherthümer in Trier und dessen Umgebungen aus der gallisch-belgischen und römischen Periode*, Tréveris, 1822. En 1829, finalmente, el poeta volverá a ocuparse de este monumento en un prólogo a la obra de Carl Osterwald titulada *Das römische Denkmal in Igel und seine Bildwerke*, Coblenza, Baedeker, 1829, pp. 5-10.

irguió ahora en el más digno lugar. En la cercanía inmediata fluye el Mosela, que en su lado opuesto se junta con un formidable afluente, el Sarre. Los meandros de ambos ríos, los altibajos del terreno y una vegetación exuberante confieren a este sitio encanto y dignidad.

El monumento como tal podría ser definido como un obelisco con ornamentación arquitectónica y plástica. Crece hacia lo alto en diferentes pisos dispuestos artísticamente unos encima de otros, hasta finalizar en una punta decorada con tejas imbricadas como escamas y gobernada en lo alto por una esfera con un águila y una serpiente.

Sería deseable que algún ingeniero, a quien los avatares de la presente guerra condujeran a esta región y quizá lo retuvieran en ella, no escatimase el esfuerzo de medir el monumento, y, en la medida en que fuera delineante, nos transmitiera y conservara las figuras de los cuatro lados tal como todavía son reconocibles.

¡Cuántos tristes obeliscos desprovistos de imágenes he visto erigir en mi tiempo, sin que nadie hubiese pensado en ese monumento! Sin duda pertenece ya a un periodo tardío, pero en él aún se advierte el placer y el amor por trasladar a la posteridad la imagen sensible de la presencia personal, junto con todo su entorno y los testigos de su actividad. Padres e hijos se encuentran aquí, unos frente a otros, deleitándose en un banquete familiar. Sin embargo, para que el espectador sepa también de dónde proviene la prosperidad, entran en escena unas bestias de carga, representándose la industria y el comercio de diversas maneras. Y es que en realidad fueron comisarios de guerra los que erigieron este monumento, para sí y los suyos, como testimonio de que hoy como ayer podía alcanzarse un amplio bienestar en aquella región.

Habían levantado toda esta construcción piramidal apilando unos robustos sillares de arenisca sin labrar, y después, como a partir de una roca, tallaron las formas arquitectónicas y plásticas. La permanencia de este monumento, que tantos siglos ha resistido, puede muy bien atribuirse a tal solidez constructiva.

No pude entregarme mucho tiempo a estos agradables y fecundos pensamientos, pues muy cerca de ahí, en Grevenmachern, me aguardaba el más moderno de los espectáculos. Allí me encontré al cuerpo de emigrados, compuesto íntegramente por nobles de pura cepa, en su mayoría caballeros de San Luis. No disponían de criados ni palafrene-

ros, sino que cada cual cuidaba de sí mismo y de su caballo. Incluso vi a algunos que conducían los caballos al abrevadero o los sujetaban mientras les ponían herraduras. Sin embargo, lo que producía el más singular contraste con esta humilde labor era una gran pradera abarrotada de carruajes y carrozas de todo tipo. Esos caballeros se habían enrolado a la vez con mujeres y amantes, con hijos y parientes, como si quisieran hacer alarde de la contradicción interna de su actual situación.

Como tuve que esperar algunas horas aquí, bajo un cielo abierto, a los caballos de posta, todavía pude hacer otra observación. Estaba sentado delante de la ventana de la casa de postas, cerca de donde se encontraba la pequeña caja en cuya ranura se introducían las cartas no franqueadas. Nunca había visto semejante aglomeración: las cartas se echaban a centenares. El afán ilimitado por infiltrarse de nuevo a su patria en cuerpo, alma y espíritu a través de la rendija de un dique resquebrajado no podía representarse de una forma más viva ni llamativa.

Por aburrimiento, y por el gusto de descubrir secretos o de completarlos, me figuraba cuál podría ser el contenido de ese conjunto de misivas. Aquí creía percibir a una amada que, apasionada y dolorida, expresaba impetuosamente la tortura de la ausencia en semejante separación; allí a un amigo que, en la necesidad más extrema, le pedía algo de dinero a otro amigo; aquí a unas mujeres expulsadas con niños y servidumbre, en cuyas cajas de caudales apenas repiqueteaban unas pocas monedas; allí a fervientes partidarios de los príncipes⁹ que, esperando lo mejor, se intercambiaban ánimos y coraje, y a otros, que auguraban ya el desastre a lo lejos y se quejaban amargamente de la inminente pérdida de sus bienes – y no creo haber errado demasiado¹⁰.

⁹ Alusión a los dos hermanos menores del rey Luis XVI, adversarios furibundos de la Revolución francesa, que lideraban el cuerpo de emigrados desde la contrarrevolucionaria ciudad de Coblenza: el conde de Provenza, el futuro rey Luis XVIII (1814-1824), y el conde de Artois, sucesor de este último en la corona bajo el título de Carlos X (1824-1830).

¹⁰ Para los temas y motivos de este pasaje, Goethe tomó prestado de la Biblioteca de Weimar la colección de cartas de emigrantes franceses recogida bajo la edición alemana *Original-Briefwechsel der Emigrirten, oder die Emigrirten nach ihrer eigenen Darstellung geschildert* (2 vols., Fráncfort d.M./Leipzig, 1793). Como leemos en *Le Moniteur universel* del 22 de diciembre de 1792, estas cartas habían caído

El maestro de postas, que trataba de entretenerme a propósito para calmar mi impaciencia por los caballos, me informó sobre muchas de esas cosas. Me mostró distintas cartas selladas de regiones lejanas que ahora debían ir en búsqueda de quienes habían avanzado o retrocedido. A lo largo de todas sus fronteras, de Amberes hasta Niza, Francia estaba rodeada por tales desdichados; precisamente contra eso, los ejércitos franceses estaban preparados para la defensa y el ataque. Nos dijo algunas cosas preocupantes: la realidad de la situación le parecía, cuando menos, muy dudosa.

Al no mostrarme tan furioso como otros que se precipitaban hacia Francia, no tardó en tenerme por republicano y exhibió una mayor confianza. Me hizo partícipe de las inclemencias que los prusianos habían sufrido debido al clima y al camino entre Coblenza y Tréveris, y trazó una horrible descripción de cómo encontraría el campamento en la región de Longwy. Estaba bien informado de todo y no parecía tener ningún inconveniente en informar a los demás. Por último, quiso llamarme la atención sobre cómo los prusianos, ya fueran las tropas o los mozos de cuerda y rezagados, habían saqueado aldeas pacíficas e inocentes durante la ocupación. Fueron castigados de puertas a fuera, pero para sus adentros la gente estaba muy enfurecida.

Me vino entonces a la memoria aquel general de la guerra de los Treinta Años que, en respuesta a las considerables quejas acerca del comportamiento hostil de sus tropas en un país amigo, había dicho: «No puedo transportar a mi ejército en un saco»¹¹. Ahora bien, en líneas generales pude constatar que nuestras espaldas no estaban muy seguras.

Dejé a mi derecha, a cierta distancia, Longwy, de cuya conquista ya me habían informado triunfalmente durante el trayecto, y el 27

en manos de las tropas francesas del general Kellermann tras la reconquista de Longwy, y fueron utilizadas por el flamante *Comité de sûreté générale* para dar a conocer y ridiculizar la mentalidad y forma de vida de los *émigrés*.

¹¹ Confusión de Goethe, ya que esta anécdota es atribuida, no a un general de la guerra de los Treinta Años (1618-1648), sino más bien al rey bohemio Jorge de Podiebrad (1420-1471), tal como el poeta había leído, en septiembre de 1821, en el tomo tercero de la obra de Zacharias Theobald, *Hussiten Krieg*, Núremberg, Simon Halbmayer, 1621, p. 30.